

Algo sobre el hacha de cobre encontrada en las cercanías de Las Tajadas de Bezas

La encontraron unos canteros ocasionales en las inmediaciones de Las Tajadas de Bezas, antiquísimo y bello poblado natural troglodita, un laberíntico paisaje de grandes peñascos de rodano, en lo profundo de una barrancada por donde discurre el riachuelo Bezas, a 2 kilómetros del casco urbano actual.

Solo queda el recuerdo de esta hacha para quienes la vimos y la tuvimos en las manos, porque Teógenes apenas tuvo tiempo de catalogar y hacer que figurase en el libro que publicó y que recoge un poco parte de la historia del poblado, como fruto de unas prospecciones arqueológicas que realizamos por los años 1947 al 51. Lo que aquí voy a contar es una auténtica primicia y hasta es muy posible que guste a algún estudioso, más aún si conoce el librito de Teógenes Ortego.

Lo cuento porque fui testigo protagonista de parte de lo ocurrido. Caso interesante y emocional para mí, como único protagonista con vida de entre todos quienes participamos en la propia esencia de esta historia real, que privó al museo de Teruel de una pieza muy interesante. Lástima que esa hacha no pueda ser hoy contemplada en las vitrinas del museo, junto a esos otros objetos de metal y cerámica que yo encontré, toqué con mis manos y llevé en mis bolsillos, haciendo compañía al gran vaso de cerámica que encontramos en el huerto de mi primo Agustín. No dejo de pensar en los muchos y variados objetos desperdiciados en los trabajos de laboreo de mi huerto, principal yacimiento Tajada Bajera, que podrían haberse salvado si yo hubiese conocido antes al arqueólogo Ortego.

Esta preciosa hacha que Teógenes colocó en la fotografía, junto a otras de piedra y objetos variados, estuvo a punto de provocar un serio disgusto entre quienes la encontraron, al creer que se trataba de una pepita de oro y que uno de ellos, el que se encargó de su custodia, una vez conocido que solo tenía valor arqueológico y aconsejado por mí, que a la vez me había asesorado de Ortego, me la entregó para que se la mandase a Soria donde se encontraba destinado.

Aunque el objeto de la discordia no tenía valor, ni mucho menos se trataba de una pepita de oro y si acaso se podrían haber sacado unas pesetas vendida a peso, por el alto precio del cobre en aquella época, las mentes se fueron calentando y cundía cada vez más la certeza de la pepita de oro por el pueblo, que fulano la había

vendido y con lo sacado se había comprado una bicicleta, amén de ir trapicheando con algún éxito en un pequeño negocio que tenía.

Arreciaron más las sospechas y rumores de la bondad del negocio de fulano, por obra de la dichosa pepita de oro, y al pedirle que la mostrase si la tenía y contestarles que no podía hacerlo, por haberla enviado al arqueólogo Ortego, aumentó la duda de quienes se sentían traicionados en la venta por su propia cuenta.

Llegadas las cosas a este extremo es cuando yo tuve que actuar nuevamente ante mi querido y recordado Ortego, explicándole lo que estaba ocurriendo, suplicándole que para evitar males mayores nos devolviese el hacha, que yo entregaría a quienes la habían encontrado y que decidiesen lo que debían hacer.

Recuerdo con cariño la carta de Ortego, doliéndose de lo que ocurría y donde me dice que la retira del museo de Soria y me la devuelve por correo, que la entregue a quienes la encontraron, pero dejando constancia escrita de que reconoce se trata de la misma pieza, el hacha de cobre elevada a la categoría de pepita de oro por las mentes calenturientas de humildes beznos.

En el Ayuntamiento de Bezas, ante el secretario, el cura y los demás interesados, levantamos acta de la entrega a sus verdaderos dueños por derecho de hallazgo, quienes reconocieron que se trataba de la pieza verdadera.

Así terminó el incidente y este fue el desenlace del hacha de cobre, el motivo por el que hoy no esté en el museo de Teruel donde debiera. Las mentes aldeanas siempre han soñado con los tesoros escondidos. En mi pueblo, todo metal que pudiera encontrarse por Las Tajadas, donde según lo que se cuenta estuvieron los moros muchos años, en aquel estado permanente de ánimo, no es de extrañar que se confundiera con pepitas de oro.